

Verónica Murguía

Auliya



Ediciones Era

Auliya

... y de todas las aguas curativas, se afirma que las mejores son las de Jinevera. Bastan seis gotas untadas sobre el pecho para alegrar a los melancólicos. Una gota en cada ojo proporcionará al insomne sueños prodigiosos y felices.

Hassán Badreddín,
Guía de ciudades mágicas

–No, no, todavía es temprano... –murmuró la muchacha desde la yacija donde dormía, al escuchar a sus padres que se levantaban a encender el fuego. Con los párpados cosidos por el cansancio, metió la cabeza bajo la manta. Desde allí escuchó la voz agria de su padre:

–Auliya, es hora. Levántate.

En la casa el aire olía a té de hierbabuena y a pan. La única luz era una leve llama roja que iluminaba el rostro de Leila, madre de Auliya.

La muchacha se frotó la cara con las manos. Había soñado algo bueno. Para ella cerrar los ojos era abrirlos dentro de un sueño donde era feliz, aunque después no recordara muy bien por qué.

Soñolienta, malhumorada, se envolvió en la manta y se incorporó. Su madre se acercó con una taza de té. Auliya tomó la tosca taza de arcilla parda de las manos de su madre con las dos manos y apuró el líquido caliente. Se levantó y llenó la taza dos veces más, pues deben beberse tres antes de hablar o comer. Calentó una torta redonda y plana de trigo en el brasero y guardó otra en su morral. Desayunó sin ganas, masticando el pan desabrido con gesto ausente, y salió de la casa con paso irregular y trabajoso, apoyada en su cayado. El frío del amanecer le erizó la piel. Se arrodilló para orar, el cuerpo vuelto hacia la *kibla*, y lentamente se frotó los brazos y la cabeza, laván-

dose sin agua, como los creyentes hacen en el desierto. Puso la frente sobre la arena helada y oró.

Se incorporó, ciñéndose el albornoz, y se dirigió al corral a ordeñar las cabras. Palmeó sus flancos tibios para que orinaran y se lavó las manos en el chorro oloroso y caliente. Con dedos limpios asió las ubres de las hembras, inmóviles por el sueño.

–Todavía falta para que amanezca –murmuró, al ver las estrellas como puntos blancos entre las ramas afiladas de los tamariscos.

La leche espumeó en el cuenco hasta desbordarlo. Llenó un pellejo, entró en la choza, se lo dio silenciosamente a su madre y sacó su pequeño rebaño del corral. Los gallos dormían.

Auliya era coja. De su pierna izquierda, más corta que la derecha, colgaba inerte el pie, ajeno al resto del cuerpo. En ese pie de niña apenas había fuerza suficiente para mover levemente los dedos o apoyarse un poco.

En cambio, sus manos eran grandes, “como de hombre”, según Leila; nudosas raíces con las palmas encallecidas por tantos años de usar el cayado como bastón, diestras para trasquilarse a las cabras, para tejer la palma, para tocar el tambor.

Nació después de un parto agotador y lo primero que asomó fueron los pies. La partera vio el rostro de la primeriza y pensó: “Esta mujer va a morir...”

Leila llevaba más de veinte horas tratando de dar a luz. Tenía los labios estirados sobre los dientes, las mejillas macilentas, el pelo empapado, y en los ojos desorbitados la mirada vidriosa y extraviada. Entre jadeos preguntaba:

–¿Ya viene? Por Alá, ¡me muero! –hasta que dejó de hablar y un ronco estertor le salió del pecho.

La comadrona se untó de grasa los brazos hasta el codo para hacerlos resbaladizos; los hundió en el vientre de la madre, cogió los pequeños tobillos y tiró con toda su fuerza. En la oscura choza, llena de humo y de olor a sudor y a sangre, se escuchó el grito de Leila. Gritó y gritó, a pesar de que siempre había sido una mujer silenciosa y de que había bebido grandes cantidades de jugo de adormidera y masticado un trozo de *banj*.

Las mujeres que estaban a su alrededor masajeándole el vientre con aceite sintieron que algo se rompía bajo las palmas de sus manos, y por fin la criatura se deslizó fuera del atormentado cuerpo de su madre en un caudaloso chorro de sangre.

La comadrona, exhausta, recibió a la niña: era mucho más pequeña que cualquier bebé que hubiera visto. En la cara diminuta, aún sucia, brillaban dos enormes ojos que la miraban solemnemente. Auliya no lloró al nacer.

Leila sangró durante horas. Al cobrar sus dos pieles de cabra –pago acostumbrado en esa aldea miserable–, la partera le dijo secamente al asustado padre que su mujer no podría tener más hijos.

La madre estuvo a punto de morir, pero aun en el cansancio de la agonía no permitió que se llevaran a su hija a la duna. Cuando tuvo fuerzas para hablar, no pidió agua ni comida, sólo ver a la niña. Le llevaron el fardo pequeñísimo y Leila abrazó a la criatura en silencio. La mano diminuta de su hija se cerró alrededor de un mechón de su pelo. Leila la apretó contra su pecho y las dos durmieron una noche y un día.

Era de mala suerte negarle algo a un moribundo, por lo que sus parientes decidieron esperar a que ambas murieran.

Yüscha, hijo de Nun, marido de Leila, dejó de cuidar el rebaño y abandonó el trigal, pues su mujer seguía sangrando. Yüscha no deseaba apartarse de su lado porque la amaba.

La niña estaba tan débil que apenas retenía el té mezclado con leche de cabra con el que trataron de alimentarla.

Para sorpresa de todos, ambas sobrevivieron.

Leila tardó ocho meses en levantarse. Cuando por fin se pudo hacer cargo de la casa y de su hija, se dio cuenta de algo que los demás ya sabían: la niña estaba mal de la pierna. Además era muy pequeña; un cachorrillo silencioso que no lloraba, un ratón del desierto. Decían las mujeres que la cuidaban que cuando se acercaban a ella en las noches, la niña seguía sus movimientos con la mirada. “Es como si viera de noche”, susurraban entre ellas.

Los viejos, el marido y algunas mujeres, preguntaban:
–¡Ye! ¿De qué sirve a la tribu una hembra coja?
Leila se encogía de hombros y contestaba sin enojo:
–De algo servirá...

La niña la hacía feliz. Cuando en los contados momentos de lucidez que siguieron al parto vio su propio rostro dibujado en las facciones minúsculas, sintió una alegría desconocida que la sorprendió en medio de los sudores y la fiebre.

Leila siempre había sido una mujer taciturna. Había aceptado a Yuscha con la misma disposición silenciosa con la que habría aceptado el quedarse soltera. Era una mujer mayor –casi treinta años– cuando descubrió que estaba embarazada, y su felicidad tuvo el mismo carácter hermético que tenían los demás actos de su vida: sólo Yuscha supo adivinar la alegría tras la grave sonrisa que le iluminaba el rostro cuando se sentaba frente al telar.

Callada aun entre gente que consideraba la conversación una pérdida de tiempo, se descubrió a sí misma pendiente de los balbuceos de su hija, repitiendo incansable los nombres de las cosas para que la niña aprendiera a hablar.

Los huesos de Auliya eran ligeros como los de un pájaro. A pesar de que tenía ocho meses cumplidos, tenía el tamaño de un recién nacido. Su madre se culpaba: “Es tan pequeña porque no tuve leche que darle, pobre hija mía”, pensaba. No se alejaba de la criatura ni un momento. La envolvía en una manta que colgaba de su espalda, o la apoyaba en su cadera y la rodeaba con un brazo. La niña, cogida de su túnica con una mano y el pulgar de la otra en la boca, la miraba con ojos muy abiertos.

–Mi pequeña, ángel mío... –le susurraba Leila, y cubría con su mano el cráneo delicado, cubierto por una ligera pelusa negra. A través de la piel se dibujaban las venas. Auliya sonreía a su madre, se sacaba el pulgar de la boca y la abrazaba, apoyando la cabeza en su pecho.

–Auliya, di *agua*... –decía Leila. La pequeña formaba las palabras con su boca, en la que apenas asomaban los dientes, mi-

rando a su madre a los ojos, hasta que un día la sorprendió. Con voz aguda y pronunciando con claridad dijo:

–Madre, tengo sed.

Leila, asustada y feliz, le dio de beber.

Aprendió a hablar antes de cumplir un año; alrededor de la choza de sus padres se congregaban las mujeres para escucharle rezar la *fatiha*, que la pequeña pronunciaba con lenta exactitud.

–El Único le dio inteligencia –decía Leila a las mujeres–. ¡Vean con qué piedad reza! –las mujeres asentían, asombradas e inquietas.

Cuando se quedaban solas, Leila caminaba por la choza y señalaba las cosas, diciendo sus nombres y sus usos. Auliya repetía las palabras con su aguda voz de niña y abría mucho los ojos, maravillada de que el odre contuviera el agua, de que el brasero mantuviera vivo el fuego, de que la miel fuera tan dulce. Y era como si Leila también las viera y las nombrara por primera vez.

Cuando comenzó a gatear, sus padres se dieron cuenta con tristeza de que arrastraba la pierna tras de sí, dejando una larga huella de polvo.

Invariablemente, al tratar de incorporarse, caía, siempre sin una queja. Enseñarle a caminar fue una labor lenta y difícil. Yú-scha cortó una rama de higuera para que la niña se apoyara en ella. Mientras los demás niños jugaban, Auliya se tambaleaba, vacilante y cubierta de sudor, hacia los brazos de su madre. Después de años, durante los cuales los aldeanos vieron a Leila cargar a su hija al pozo, al sembradío y al telar, Auliya pudo, por fin, caminar apoyada en su bastón.

Una mañana, al terminar de moler el trigo, la niña preguntó:

–Madre, ¿puedo ir a donde están los otros niños?

Leila levantó la cabeza, sorprendida. Se limpió el sudor que le cubría la frente con el dorso de la mano y vio el rostro ansioso y la sonrisa vacilante de su hija. Luchó con la aprensión que repentinamente le cerró la garganta y contestó:

–Ve, ve, Auliya.

Con el ceño fruncido y las manos apretadas sobre el regazo, la vio alejarse bajo el sol blanco del mediodía.

Los niños jugaban cerca del pozo con una cabra pequeña. Le habían atado un cordel con cascabeles al cuello. Los cascabeles tintineaban: la cabra trotaba en círculos rápidamente, levantando nubes de polvo. Auliya se acercó, y la cabra trotó hacia ella, acercando su larga cabeza a la mano extendida de la niña.

—No la toques, coja. Vete —escuchó.

Auliya se irguió, asustada por el aguijón en la voz del niño. Tariq, el larguirucho hijo de Samet, se le acercó con los brazos en jarras. Auliya oyó una risita. Él también la oyó. Envalentonado, recogió un puñado de polvo y lo arrojó al rostro de Auliya.

—Vete. Y no te acerques más.

Se alejaron corriendo tras la cabra que balaba agudamente.

Leila encontró a su hija deshecha en llanto, cerca del río. Sus hombros delgadísimos se sacudían por los sollozos.

—No me quieren, madre —dijo entrecortadamente—, no me quieren porque no camino como ellos...

Leila sintió que la cólera la envenenaba. Levantó en brazos a la niña y la llevó a su choza. Desde ese día fueron inseparables. Leila no podía obligar a los miembros de la tribu a aceptar a su hija, y se propuso ser ella su compañera de juegos. Le conmovía la devoción que ésta demostraba al orar, la puntualidad con la que trataba de cumplir sus obligaciones, sus heroicos esfuerzos por caminar.

Desde el nacimiento de la niña, las conversaciones de Leila con las demás mujeres se habían llenado de silencios y de advertencias veladas. Nunca lo dijeron claramente, pero las insinuaciones y las pausas —largas, cargadas de resentimiento y miedo— bastaban: la presencia de la coja era un mal presagio, atraído sobre la precaria existencia de la aldea por la debilidad de Yusha y la egoísta terquedad de Leila.

Aislada de las otras por su hija, se dedicó por completo a ella. Escucharla llenó su vida de alegría, aunque había algo que la asustaba: desde pequeña Auliya siempre le decía a Leila cuándo y cuánto iba a llover, sin necesidad de los ritos de los mayores.

En el pueblo vivía un sembrador de lluvia: Alí Ben Direme.

Había heredado de su padre, quien a su vez los había aprendido del suyo, los ritos de su arte: danzas, abluciones, cantos ceremoniales. Pero Alí Ben Direme sabía poco.

En el desierto, en los tiempos de la *chahiliyya*, el sembrador de la lluvia era una figura reverenciada e inútil. Después de la tempestad de luz que acompañó al mensaje del arcángel, la palabra del Profeta fue como un incendio en el que ardieron los ritos y los sacrificios sin sentido. Casi todo el Magreb sustituyó las danzas por la oración. Pero en esta aldea perdida, el Libro y las plegarias convivían con las supersticiones antiquísimas del sembrador de lluvia.

Alí Ben Direme era un hombre dedicado y solemne que nunca había podido atraer una sola gota de agua. En cambio a Auliya le bastaba verter un poco en su mano y ver el cielo con atención. Entonces avisaba con tranquila seguridad cuántos meses faltaban para que lloviera y cómo de fuerte iba a llover.

Podía saber, con sólo mirarlos, cuánto líquido había en las *guerbas*, los odres de piel de cabra o en una jarra tapada. Cada vez que esto sucedía, su padre la miraba con horror y extendía el índice y el meñique de su puño derecho, para alejar a los demonios, mientras su madre le frotaba los lóbulos de las orejas para sacar de los oídos de su hija las voces que le llenaban la cabeza con noticias sobre el agua. La pequeña lloraba asustada, aunque al poco rato volvía a sus juegos, a su cabra de arcilla, a sus cuentas de vidrio y sus canciones como cualquier otro niño.

Leila decidió no contarle a nadie y le prohibió a Auliya hablar de la lluvia con los demás. Nunca pensó que hubiera algo malo en su hija; para Leila sus dones eran parte de su singularidad, como su cojera.

Temía exacerbar el rechazo que el resto de la tribu le manifestaba, porque les era difícil aceptar a una coja entre ellos y les atemorizaba que la hija de Yüscha y Leila hablara como un adulto.

Su padre no podía tomar otra esposa, pues la tribu era descendiente de los *imochag*, los señores del desierto, y entre ellos sólo se toma una esposa en la vida. Habían olvidado cómo viajar de un oasis a otro, cómo orientarse en la arena, el manejo

de la daga y la lanza. El velo azul, casi negro, el *litham* que durante siglos había sido usado por sus antepasados para cubrir sus rostros de las miradas, era ahora un trapo sucio que les cubría el cráneo para protegerlos de la insolación mientras regaban amorosamente sus pobres sembradíos. Pero igual que sus antepasados, seguían siendo monógamos. La coja era toda su descendencia.

Auliya cumplió trece años, convertida en una delgada jovencita de ojos enormes, sin pecho ni caderas. El pelo, rizado y negro, le llegaba a la cintura. Bajo la piel tostada de sus hombros se movían los músculos. Caminaba balanceándose, con la cabeza erguida sobre su largo cuello. “Flaca como un muchacho”, murmuraban las mujeres de la aldea, sonriendo burlonas, al verla pasar detrás de su rebaño.

Yuscha trató de arreglar el matrimonio de su hija con algún pastor de la tribu. A pesar de que se esforzó durante meses, ninguna familia se mostró dispuesta. Como se decía desde el día de su nacimiento, ¿de qué le servía a nadie una mujer coja?

Yuscha se resignó rabiosamente. A menudo decía que ni aun cuando tuvieran una buena dote que ofrecer la podrían casar. Y era verdad. Auliya escuchaba sus furiosas diatribas con la cabeza gacha, hundiendo los dedos del pie derecho en el polvo.

Ella lo sabía; su padre sólo repetía lo que ella misma se decía a todas horas.

—Nunca me casaré —murmuraba amargamente al ver que los muchachos de la tribu la ignoraban. No le dirigían la palabra. Eran inútiles las horas que su madre pasaba trezando cuentas rojas en su pelo. No se fijaban en ella, a pesar de que tocaba bien la *darbuka*, el tambor de mano de las mujeres, y de que siempre iba limpia y con las palmas de las manos pintadas con alheña.

Auliya jamás había participado en las danzas, las *frajas*, cuando los muchachos y muchachas bailaban juntos hasta caer agotados. Ella, sentada fuera del círculo de los danzantes, los veía moverse juntos, los escuchaba reír, mientras en silencio se mordía los labios hasta sacarse sangre.